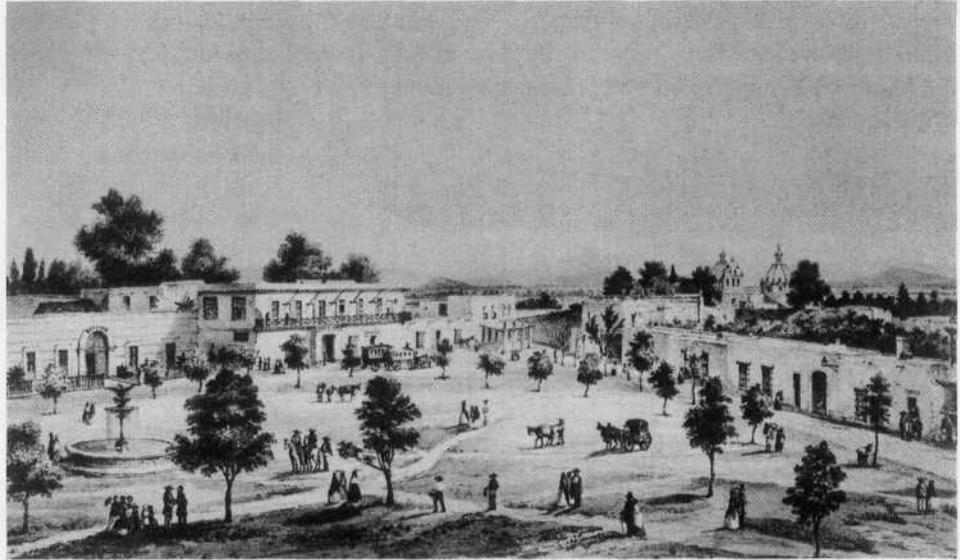


## LA PLAZA DE SAN JACINTO

Carlos Véjar Pérez-Rubio

*Para mi tío Tilín, en sus 99*

**Venturosos** eran aquellos días en que la Plaza de San Jacinto, en el corazón del pueblo de San Ángel, se llenaba de voces y pregones de mercaderes y merolicos al despuntar el alba... ¡Hay sebooooo...! ¡Tierra para las macetas...! ¡Alpiste para los pájaros...! ¡Zapatos que remendar...! ¡Mercarán ranas...! ¡Hay nieve de limón y de zapote...! ¡Ropa que cambiar...! ¡Chichicuilotes...! ¡Sillas que entular...! ¡Mercarán pollos...! Petates de cinco varas, tomillo, mejorana, muicle<sup>1</sup>...



San Ángel, Plaza de San Jacinto.

Las campanas de la capilla llamando a misa entonaban su canto a contrapunto con las de la cercana iglesia del Carmen. Las beatas salían apresuradas de las casonas que circundaban la plaza, sin reparar en los perros que husmeaban afuera de las tiendas y cantinas establecidas en el lado nororiente, en cuyos muros se advertía puntualmente a la clientela:

*Vayan entrando  
Vayan bebiendo  
Vayan pagando  
Vayan saliendo*

Las damiselas de la sociedad local, luego de cumplir devotamente con el rito religioso y tomar el chocolate matutino, paseaban su hermosura bajo las frondas de los árboles acompañadas de discretas chaperonas, mientras pelados y pícaros las contemplaban distantes, murmurando:

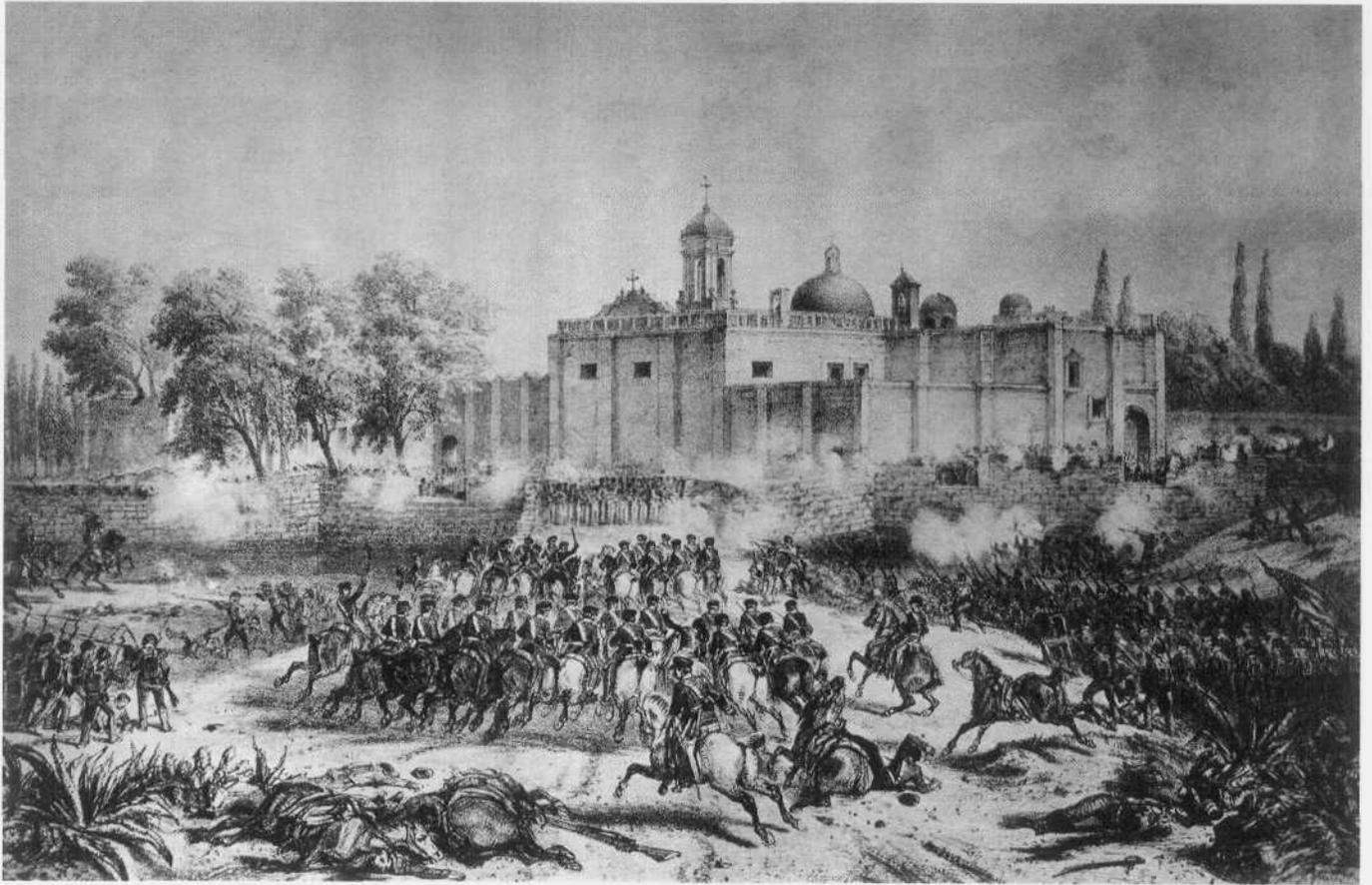
*Cuatro palomitas blancas  
Que vienen de por allá,  
Unas a las otras dicen:  
No hay amor como el de acá.*

La expectación por la fiesta de las flores que se celebraría aquí próximamente, y su baile de coronación, era evidente en el racimo de jovencitas, alguna de las cuales sería elegida reina en el concurso convocado por las autoridades. Al compás de la bulliciosa música del jarabe, unos bailarines ensayaban mientras tanto en una tarima, entonando en cada pausa el estribillo:

*Si piensas que te quería,  
Era por entretenerte;  
Que el amor que te tenía  
Ya se lo llevó la muerte.*

El caserío prehispánico de Tenanitla, situado en el suroeste del Valle de México, al pie de las serranías de las Cruces y el Ajusco, tomó el nombre de San Jacinto Tenanitla al construir los dominicos una capilla que en 1580 adquirió el rango de iglesia parroquial. Por ese entonces comenzaron a instalarse en su territorio los primeros batanes, molinos y obrajes, aprovechando el cauce del río Magdalena. Poco después, en 1615, los carmelitas construyeron un convento de tal

<sup>1</sup> Los pregones y versos utilizados en este trabajo fueron tomados de *El libro de mis recuerdos*, de Antonio García Cubas, Editorial Patria S. A., México, 1960, reproducido parcialmente en *Artes de México*, núm. 53 / 54, año XI, 1964. Los grabados 1, 2 y 3 fueron tomados de esta misma edición; los 4 y 5 del libro de Carlos Mijares Bracho, *San Ángel*, Editorial Clío, México, 1997.



La intervención Americana. Batalla de Churubusco. Litografía.

importancia que la gente comenzó a referirse al pueblo con su nombre, San Ángel. Es interesante la descripción que hace del lugar Madame Calderón de la Barca, allá por 1841:

San Ángel es bonito a su manera, con sus campos de maguey, sus casas dispersas, que parecen ser los *beaux restes* de mejores días; la plaza con el mercado; la parroquia, la iglesia del Carmen con el convento y su jardín de altas paredes; las estrechas callejuelas; las chozas de los indios; exuberancia de encarnadas rosas, el pequeño puente y la calzada, y los manchones de sus arboledas, las casas para mudar *temperamento* (como les llaman las familias mexicanas y en las que residen durante el verano), con sus ventanas enrejadas, jardines y huertos; y después, en la lejanía, la vista de México, las torres de Catedral, los volcanes y las soberbias montañas, salpicadas de iglesitas y de largas alamedas...<sup>2</sup>

Ilustres personajes visitaban las haciendas que se fueron estableciendo en la localidad, convertida en sitio de reposo y esparcimiento por su ubicación privilegiada en el valle. Virreyes, obispos, viajeros, intelectuales, políticos, embajadores y presidentes la frecuentaron a lo largo de los siglos, incluido desde luego Antonio López de Santa Anna,

tan asiduo a festines, palenques y jolgorios. Y si es cierto que en las plazas de los pueblos y ciudades se escribe la historia y se preservan las tradiciones, la de San Jacinto es ejemplar muestra de ello. Veamos.

Desde el mirador de la Casa del Risco, Manuel Payno, el autor de *Los bandidos de Río Frio*, observó un día de agosto de 1847 los movimientos de las tropas yanquis



La Casa del Risco con su mirador.

<sup>2</sup> Madame Calderón de la Barca, *La vida en México*, Porrúa, México, 1974, p. 265.



Plaza de San Jacinto

que se acercaban a lo lejos al convento de Churubusco, en donde el general Pedro María Anaya entregaría su espada al comandante estadounidense luego de la fiera defensa mexicana, pronunciando la célebre frase: *Si tuviéramos parque, no estaría usted aquí.* Y aquí, en la plaza, fueron colgados días después los prisioneros irlandeses sobrevivientes del Batallón de San Patricio, que desertaron del ejército invasor para luchar hombro con hombro con las tropas mexicanas, como reza la placa expuesta en el muro de una casona del lado poniente. Unas décadas más tarde, en plena Revolución Mexicana, era común ver por este sitio a las avanzadas zapatistas, que bajaban de sus santuarios en la serranía del Ajusco para tomarse unos tragos de pulque o de mezcal en las cantinas del rumbo.

*Estoy en el rincón de una cantina  
Oyendo la canción que yo pedí.  
Me están sirviendo ahorita mi tequila  
Ya va mi pensamiento rumbo a ti...*

El tequila... José Alfredo Jiménez le cantó más de una vez, emocionado, a este aguardiente cuyo origen se remonta a la época colonial, cuando comenzó a cosecharse el agave azul en la región de Tequila, estado de Jalisco. El hacendado José Antonio de Cuervo y sus hijos, José María Guadalupe y José Prudencio, jamás imaginaron que las tierras que compraron en ese valle en 1758 para cultivar

este tipo de mezcal, serían con el paso del tiempo la cuna de la bebida mexicana por excelencia, la de mayor tradición, que en este siglo XXI ha adquirido carta de identidad universal.

Con un caballito de tequila el amante despechado entona sus penas y el afortunado brinda por sus alegrías. Y con varios a cuestras, dicen que una tarde dominguera un vate apasionado, estudiante de medicina por cierto, improvisó a su amada los siguientes versos en una banca de la plaza, entre cantos de zenzontles y canarios:

*Si dudas de mi constancia  
Porque, a veces, yo no te hablo,  
Con la lengua de mis ojos,  
Hablo más, cuanto más callo.*

Nosotros alzamos también la copa desde este balcón de La Tradicional y decimos con todos ustedes: ¡Salud! ☑

---

**Carlos Véjar Pérez-Rubio** (Ciudad de México, 1943). Arquitecto y escritor mexicano, maestro en Historia del Arte y doctorando en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Es profesor de la Facultad de Arquitectura de la misma universidad. Fue coordinador del Proyecto América Latina en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la UNAM. Sus más recientes libros son *Plaza Cuicuilco y otros cuentos de variada intención* (2001) y *Utopía de cristal* (2003). Es fundador y director general de *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América*.